



José María Blanco y Luis José Orbegoso: la gira presidencial de 1834

Isabelle Tauzin

► To cite this version:

Isabelle Tauzin. José María Blanco y Luis José Orbegoso: la gira presidencial de 1834. A Contracorriente: una revista de estudios latinoamericanos., 2018, A contracorriente: una revista de estudios latinoamericanos, 15 (3), pp.113-127. hal-01822152

HAL Id: hal-01822152

<https://hal.science/hal-01822152>

Submitted on 22 Jul 2018

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

**José María Blanco y Luis José Orbegoso:
la gira presidencial de 1834**

Isabelle Tauzin

Université Bordeaux Montaigne

El diario de viaje del presidente Orbegoso por la sierra central y sur del Perú, punto de partida de esta investigación, fue titulado por su autor, José María Blanco: *Diario de la marcha que hace su excelencia el presidente provisional de la república peruana Don Luis José Orbegoso a los departamentos del sud*. “Diario de la marcha” y no “diario de viaje”: así, el título enfatizaba el enfoque militar y colectivo del desplazamiento con la palabra “marcha”. El recorrido iba a desempeñar una función estratégica: se había de averiguar las fidelidades y develar traiciones venideras de las autoridades sureñas más cercanas a Gamarra, a Santa Cruz, a Salaverry o a Gutiérrez de la Fuente.

¿Quién fue José María Blanco? El diario fue publicado en 1974 por Félix Denegri Luna quien brindó numerosas informaciones señalando a la vez qué incertidumbres pesaban sobre la vida de aquel testigo¹. La intencionalidad de este artículo es aportar una lectura etnohistórica a partir de la edición crítica de Denegri, caída en el olvido sobre la vida cotidiana en la sierra central y las relaciones interpersonales en el ámbito castrense en momentos de la presidencia de Orbegoso.

¹ Luis Enrique Tord relata en el homenaje a Denegri el trabajo de campo que este realizara siguiendo los pasos de José María Blanco por El Cusco. Luis Enrique Tord, “La biblioteca de las tertulias”, en Guillermo Lohman Villena ed., *Homenaje a Félix Denegri* (Lima: PUCP, 2000), 88-89.

José María Blanco: un doble discreto del presidente Orbegoso

José María Blanco, un antiguo franciscano oriundo de Quito, fue desterrado a Lima en 1818 por conspirar contra la Real Audiencia. Sus convicciones liberales le abrieron paso entre los patriotas peruanos; llegó a ser capellán del batallón Numancia y después de la batalla de Ayacucho, secularizado, obtuvo un curato en La Libertad. A principios de los años 1830, recomendado para dirigir el colegio seminario de Trujillo, renunció al cabo de unos meses, después de ser considerado culpable de la indisciplina que reinaba entre los alumnos, lectores de libros prohibidos². Elegido presidente provisorio por la Convención Nacional, Orbegoso acababa de salir exitoso en varias contiendas militares. En la cima de la gloria, dicho general cuyo patriotismo y desinterés traslucieron en la correspondencia, pero fueron cuestionados por sus enemigos políticos, propuso dimitir del cargo. La renuncia fue rechazada por los diputados que promulgaron una nueva constitución en junio de 1834. Al presentar las cartas que escribiera, Carmen Mac Evoy comenta: “Como ‘padre del país’, ‘mecenas’, o ‘dechado de beneficiencia’, el liberteño se convierte en el destinatario de decenas de corresponsales que le escriben para comunicarle sus angustias económicas y también sus esperanzas. En virtud de ello, Orbegoso será la personificación de un Estado itinerante cuya función principal fue proveer de ‘destinos’ de manera equitativa” (Mac Evoy 1-34).

Sin parroquia y perseguido por liberal, José María Blanco le dirigió una carta a Orbegoso para ser destinado a Roma. Los halagos epistolares no sirvieron para nada. Entonces un allegado al presidente hizo de tercero para que el primer mandatario auxiliara a Blanco:

Si alguna vez puedo recomendar a usted a un hombre desgraciado, es en esta ocasión. ¿Sabía usted los infinitos trabajos que por decisión a usted ha pasado el señor cura de Marcabal, Blanco? Este amigo comprometido por sanos principios al sistema del orden trabajó en favor de él algunos papeles en el mes de enero [...] trataron de perseguirlo [...] marchó el infeliz con solo el encapillado, perdió sus libros, su ropa amada y cuanto encerraba su aposento [...] a los siete meses de peregrinaje ha vuelto a Trujillo, con el objeto de irse a Lima a implorar la bondad y amparo de usted. (Mac Evoy 1077-1078)

Orbegoso emprendió la gira al sur, con Blanco como capellán. El cuaderno de bitácora empieza el 11 de noviembre de 1834, en momentos de la salida de Lima y va fechado con minuciosidad hasta el 26 de diciembre correspondiente a la llegada al Cusco. El presidente y la comitiva permanecieron

² El ambiente revoltoso y politizado del colegio seminario de Trujillo fue escenificado años más tarde por Fernando Casós en los primeros capítulos de *Los amigos de Elena* (1872).

en la ciudad hasta el 29 de enero en que marcharon a Puno. De regreso a Lima, José María Blanco compulsó libros antiguos y estadísticas recientes que completaran las impresiones del itinerario. Dejó de escribir aquellos apuntes el 28 de junio de 1837 “a las oraciones”, o sea al anochecer. La Confederación Perú-Boliviana en la que Orbegoso asumió el cargo de presidente del Estado Nor-Peruano por decisión de Santa Cruz, terminó vencida en 1839; José María Blanco tuvo que retirarse a Ecuador donde Félix Denegri ubicó un indicio de vida datado de 1843 mientras que el diario fue hallado a principios del siglo XX³.

En paralelo, el general Orbegoso escribió sus memorias; aunque inconclusas, las cuales brindan algunos datos sobre el hacendado oriundo de Otuzco. En momentos de las guerras de independencia, en 1824, muy cercano a Bolívar, se vio obligado a volver a su hacienda por su salud quebrantada por el escorbuto (Orbegoso 29); cuenta que en 1825 hizo una visita de seis meses entregando luego un expediente y estadísticas sobre Cajamarca, Chachapoyas, Mainas, Pataz y Huamachuco (Orbegoso 32-33). Si bien Orbegoso relata su vida en primera persona, la información que proporciona se centra en las revoluciones entre caudillos y la justificación de su rol político.

El relato de José María Blanco presenta aspectos hasta ahora descuidados: ofrece la oportunidad de analizar el desplazamiento en sí. ¿Cómo se organiza la gira oficial del presidente de la república? Será la continuación de este trabajo. Además, la narración de Blanco es una obra “llena de una información escueta y preciosa [...] una verdadera enciclopedia del Perú meridional” según Basadre (Denegri I-VIII). En un segundo momento, después de estudiar las modalidades del desplazamiento, me interesaré por los espacios y pobladores con los que toparon los costeños. ¿Qué vieron? ¿Qué silenció el relato? Abordaré así los límites del testimonio de José María Blanco, es decir lo indecible en aquel período en que el Perú vivía a diario la inestabilidad política y la fragmentación territorial.

La marcha de Lima a Cusco: informaciones sobre el desplazamiento por Huancavelica, Huanta, Ayacucho y Abancay

³ Basadre recordó la primera publicación del diario “como documento N°264 en el tomo tercero de la obra Documentos del Gran Mariscal don Luis José de Orbegoso (Lima 1929)” y apuntó que “el manuscrito estaba guardado entonces en la Biblioteca Nacional de Quito y su existencia le fue comunicada a Luis Varela por Cristóbal de Gangotena Gijón. Lo copió el Dr. Arturo García Salazar [...] Se trata de un documento de primerísima calidad. La copia publicada requiere enmiendas y adiciones y su edición quedó irremediablemente trunca” (96).

La paz entre los partidarios de Gamarra y los soldados fieles a Orbegoso fue sellada con “el abrazo de Maquinhuyo” (24 de abril de 1834). A los seis meses de la reconciliación, después de la campaña militar, Orbegoso emprendió una campaña de comunicación para consolidar el nuevo gobierno visitando el interior del Perú. El relato de José María Blanco se presenta como impersonal y objetivo. El diarista no usa el “yo”, sino que se autodefine como el capellán de Orbegoso, “el cura de Marcabal don José María Blanco” (Blanco 14), el “capellán doctor don José María Blanco” (22). Unas notas a pie de página completan las observaciones hechas en el momento, aportando precisiones sobre los pueblos visitados, así como los paisajes. A veces esos apuntes coinciden con la información proporcionada por José María Córdova y Urrutia cuya *Estadística...* fue publicada por primera vez en 1839. Es el caso acerca de la ciudad de Cañete. Son exactamente las mismas cifras las que dan Córdova y Blanco.

Al lado de Orbegoso están los generales Domingo Nieto y Francisco Valle Riestra. Desempeñan un papel fundamental en la vida pública aún dominada por la confrontación militar. A los demás compañeros no se les nombra y se confunden en la denominada e imprecisa “comitiva”. Tampoco se nombra a los familiares de Orbegoso aunque Blanco alude a su presencia en varias oportunidades (Blanco 10-12). Al llegar al Cusco, el presidente escribe sobre su preocupación por la suerte de su “dilatada familia” después de recibir “fatales noticias” (Mac Evoy 264). El hijo mayor de Orbegoso acompaña al mandatario; es un capitán de dieciocho años que hace de edecán y se encarga de conseguir un mínimo de *confort*⁴ en esa situación precaria: “El capitán Pedro José de Orbegoso se alojó en un mal rancho, como capitán de la escolta de S.E. tuvo que estar en el fogón personalmente para surtirse de comida y proporcionarla a los de la comitiva” (Blanco 20). La primera parte de la marcha se realiza en doce días, entre el 11 y el 23 de noviembre de 1824, hasta llegar a Huancavelica, pasando por Cañete. Al reconstruir la ruta de Bolívar, Waldemar Espinoza recuerda la adaptación de las mulas a las sendas montañosas:

En las provincias serranas, en efecto preferían a las mulas, debido a sus pisadas firmes y seguras en los desfiladeros como también por su mayor resistencia para soportar el peso de la carga, y además por su extraordinaria sobriedad e intuición para prevenir accidentes. Los extranjeros, sobre todo, daban preferencia a las mulas de gran talla y a caballos de silla de buenas calidades, debidamente aclimatados en la sierra [...] Prudentes y vigorosos, con un ardor que nada los desanima, los

⁴ *Confort* es un anglicismo que va ganando terreno a lo largo del siglo XIX mientras se mejoran las condiciones de vida de los viajeros.

caballos andinos desplegaban, aun en situaciones difíciles, la misma agilidad que sus camaradas de orejas largas. (Espinoza 181)⁵

También evoca el papel imprescindible de guía desempeñado por un caballo al que las mulas no podían perder de vista de modo que “los viandantes evitaban poner la brida y la silla al caballo antes de que las mulas estuviesen ya cargadas” (182).

La extensión de las jornadas varía según las dificultades del camino. Los primeros días el grupo recorre unas doce leguas de promedio, hasta llegar a Pacarán (Cañete), luego se achican las etapas, y además la palabra “legua” remite a medidas diferentes, según la topografía del terreno. El camino Cañete-Huancavelica, etapa entre Cusco y Lima a lo largo del virreinato, quedará abandonado años más tarde por la preferencia a la denominada ruta de los libertadores, más al sur. Pese a las diferencias entre las leguas, Blanco apunta las horas del día con precisión militar como si de forma constante estuviera mirando el reloj. También traduce al castellano los nombres quechuas de sendos pueblos. Oriundo de Quito, demuestra tener un buen manejo del quechua según las informaciones reunidas por Félix Denegri.

Después de dos días de homenajes cívico-militares en Huancavelica, la comitiva presidencial reanuda su camino hacia Ayacucho distante de unas treinta leguas ateniéndonos a las indicaciones de Blanco (Huancavelica-Paucará: diez leguas; Paucará-Acobamba: 4 leguas; Acobamba-Huanta: doce leguas; Huanta-Ayacucho: 7 leguas).

La marcha entre Huancavelica y Ayacucho dura seis días y resulta agotadora, lo que Blanco no apuntó para la primera etapa. Enumera los villorios legua por legua. La pobreza está en todas partes, de forma que el mandatario debe contentarse con una cama improvisada por sus edecanes cuando los arrieros y los criados terminan por extraviarse (Blanco 40), a no ser que se olviden de su cometido como le sucede al viajero francés Eugene de Sartiges, quien halla a su arriero tomando chicha en lugar de hacer las veces de explorador⁶.

Las cuatro leguas que separan Paucará y Acobamba necesitan un día entero⁷. Entre Huancavelica y Ayacucho sucede el primer accidente notable: un

⁵ Estas líneas de Espinoza coinciden con el texto en francés de Marcel Monnier, viajero de finales del siglo XIX. En 1830, las Memorias de Guillermo Miller aportan datos valiosos sobre el transporte en mulas y caballos durante la guerra de independencia.

⁶ Eugène de Sartiges, “Voyages dans les Républiques de l’Amérique du Sud”, *La Revue des deux mondes* (t. 9-10, 1851): 1043-1044 (www.gallica.bnf.fr). La versión castellana está en Porras Barrenechea (1947).

⁷ “En suelos planos, una excelente bestia satisfactoriamente podía alcanzar dos leguas de 5 kilómetros cada una por hora. Y 2 leguas de 4 kilómetros cada una en terrenos escabrosos. Cuando las marchas se efectuaban en mulas, recorrían 4 kilómetros en hora y

oficial es herido “al tiempo de dar agua a la mula [...] fue arrastrado por ésta [...] fue medicinado mostrando en esto S.E. el interés que tenía por su salud” (Blanco 40-41). El mismo militar—un tal José Zavala—resulta víctima o responsable de una serie de incidentes por los que se alarga la marcha.

En Acobamba, 300 jinetes y 80 arcos de triunfo honran la llegada del general presidente, cantidades impresionantes si se considera el número de vecinos de un pueblo limitado a dos calles que llegan a la plaza y en las que tropiezan los caballos (Blanco 41). Blanco apunta otro incidente entre Acobamba y Huanta, en el tambo de Marcas: hace falta esperar la llegada de las vivanderas y contentarse con poquísimo: pan, chicha y una calabaza a modo de plato (43). Visibilidad de unos—los militares—, e invisibilidad de otros—los pobladores—, la organización social se transparenta en las campañas militares.

En Huanta, Orbegoso se detiene un día para preparar la llegada a Ayacucho concertada con el jefe de los ejércitos, el general Valle Riestra enviado como explorador. José María Blanco destaca la importancia de los puentes, verdadera clave de las victorias (44-45). La comitiva presidencial llega a Ayacucho al mediodía y es recibida de forma apoteósica por 800 jinetes. El número de jinetes es altamente significativo: el *status* de montado se contrapone a los de danzante e indio. Los señores principales están a la misma altura que el presidente cuando llega y luego se apean para saludarlo. Las señoras están en las casas, asomadas a las ventanas arriba, mientras el pueblo está abajo, embargando el camino, retrasando el avance de los oficiales. El número de jinetes no representa tanto un indicio de riqueza de la villa sino que señala la adhesión de los principales al mandatario; Sartiges al pasar por Andahuaylas en julio-agosto de 1834 leyó un cartel que “incitaba a los propietarios de los alrededores a venir a caballo so pena de ser considerados como indiferentes o de mala voluntad. Se ordenaba a todo panadero y al principal ciudadano de cada barrio que se encargaran de las diversiones públicas bajo pena de multa” (Porras 107).

La comitiva de Orbegoso acude a la pampa de Quinua para celebrar los diez años de la victoria de Ayacucho. Después de una estadía de diez días, Orbegoso retoma el camino para llegar al Cusco. Esta etapa se distingue por un accidente cuya víctima es el propio José María Blanco. Se recuerdan los hechos siempre en forma impersonal: “Al pasar el puente de Apurímac, y en el llano donde está construido el panteón los señores jefes Urías y Ruiz violentaron los

media, debido al paso lento de estos solípedos. Pero cuando los mulos o los caballos conducían mucha carga, alcanzaban 4 kilómetros por hora en terreno abrupto, y 5 en las llanuras” (Espinoza 175). Otra fuente de interés es de José Salaverry sobre la variación de las medidas en los Andes, *Instrumentos y sistemas andinos*, 210-227.

caballos y los hicieron partir precipitadamente, tomando de encontrón en el medio al cura capellán de S.E. don José María Blanco, quien cayó al suelo, y se imposibilitó para seguir la marcha, regresando a curarse en Ayacucho” (Blanco 73).

Blanco, herido, debe dar la vuelta y luego reencontrarse con el grupo⁸. El relato continúa con las mismas precisiones sobre las distancias y condiciones de viaje. No obstante, el capellán ya no puede celebrar la misa⁹. La escritura se vuelve más descriptiva y menos enumerativa. El diario tiene una finalidad semipública, de ninguna manera pretende ser un diario íntimo. Mientras el general Orbegoso redacta cartas hacia los distintos interlocutores, Blanco apunta los nombres de los lugares por donde pasan de suerte que esos datos puedan ser empleados en una campaña posterior. Un oficial suele ir de explorador y averiguar las posadas antes de la llegada presidencial, mandando techar una choza o disponiendo bancas improvisadas (Blanco 74). Desde Ayacucho el paso de los ríos da lugar a narraciones precisas. Es el caso a propósito del río Pachachaca (36) como del Pampas descrito así:

El sitio del puente de Pampas es horroroso, tanto por lo encajonado del río cuyas altas peñas parece van a precipitarse sobre los que las miran, cuanto por el calor que molesta, y el enjambre de zancudos y moscas [...] El puente es de trenzas de cabuya tiradas en forma de maroma, sobre las que hay un tejido de palos, con una balastrada o pasamano de sogas. Tiene veinte varas de largo y está elevado treinta varas sobre el nivel del agua. (176)

Los viajeros descuidan el riesgo de caerse al abismo para conseguir de puro hambrientos...unas simples tunas. A veces las laderas de los cerros resultan tan escabrosas y atestadas de rocas que hace falta apearse. Está llegando la temporada de las lluvias; el grupo resiste las intemperies y suele ser acogido por el cura del lugar o el hacendado. Cerca de Abancay las hacendadas son más numerosas que los hacendados y son ellas las que reciben a los visitantes como Anastasia Ludeña “madama del hacendado de Pincos [...] por suplir la imposibilidad de su baldado esposo” (Blanco 94).

⁸ Tschudi en 1846 se compadecerá de la suerte de los heridos y enfermos: “Aun padeciendo de las enfermedades más graves, se les obliga a seguir en la marcha. Si ya no pueden caminar, se les coloca sobre mulas siguiendo a las tropas en el frío más intenso o el calor más ardiente. La mayoría de ellos no sobreviven este trato. Sus cadáveres se atan en grupos de cuatro y se les coloca transversalmente sobre animales de carga. En la siguiente aldea se les echa delante de la casa del alcalde, quien tiene que enterrarlos” (Tschudi 60).

⁹ “... celebró [la misa] el cura de Huancarama don Manuel Navarro por haber quedándose enfermo de una caída el capellán” (Blanco 96).

Entre Abancay y Cusco, la última etapa del viaje, muchas dificultades esperan aún a la comitiva. La progresión se vuelve más laboriosa, con sendas resbaladizas, y peñas “que parecen un quitasol o cúpula que adorna el camino [...] un piso escabrosísimo todo sembrado de puntas” (Blanco 111). El sentimiento del peligro es mayor. Las palabras “horror” y “espanto” aparecen cuando el testimonio de Blanco era mesurado hasta entonces. Los superlativos pasan a estar omnipresentes para representar a una naturaleza inasequible y temible.

La última prueba corresponde al momento de cruzar el Apurímac, después de pasar por un antiguo túnel: “El sitio donde está colocado y la caja misma del río espantan. La vista se cansa y se desvanece la cabeza al ver la altura de los cerros que la forman” (113). El puente está descrito con minuciosidad gracias a la información complementaria obtenida en el Cusco donde la estancia de Orbegoso ha de durar un mes:

Se halla formado sobre ocho gruesas maromas de una tercia de diámetro, bien sostenidas y teniendo sobre éstas dos más encima, que sirven de pasamano sobre las cuales y las maromas de abajo enredan unas sogas que parecen reja [...] Sobre las ocho maromas hay un tejido estrechado de palos que son más sólidos y gruesos a las entradas de los dos extremos que al medio, formando escalones para que los pasajeros no se resbalen en las cuestas que se forman allí. (112)

¿Qué meta guió a José María Blanco al escribir ese testimonio? Se trata de demostrar la valentía del general Orbegoso como héroe muy por encima de todos los demás cuando todos se mueren de miedo: “Muchos de los de su familia se pusieron cadavéricos, y hubo un jefe que lo pasó en cuatro pies, tal era el miedo que tenía de pasarlo parado” (114). De hecho, no requiere los servicios de los indios “chimbadores” para pasar el río pues Orbegoso lo hace “a pasos largos” (Idem).

Al peligro de caer al abismo se suman las molestias del calor excesivo y la aridez de algunos lugares que llega a causar que la muerte ronde a la comitiva cuando “aparece una sepultura que han hecho para enterrar los infelices cadáveres de los reclutas que han muerto al transitar estos sitios ardientes y faltos de sombra y agua” (Idem). El diario de Blanco hace hincapié en la resistencia del presidente; llega al Cusco el 26 de diciembre después de seis semanas de ruta y antes de continuar hacia Puno y Arequipa. El testimonio halagüeño y externo de Blanco discrepa con el epistolario de Orbegoso quien expresa en las cartas a sus pares el agotamiento físico y el aislamiento político: “Ayer llegué a esta ciudad agravado de mi enfermedad, después de que toqué el temperamento frío de Zurite [...] Puedo responder a usted del sur a pesar de que se trabaja con descaro por una revolución

[...] Lo peor es que yo tengo que hacer el papel de Papatache, sin poder tomar una medida y sin más autoridad que la de comandante del Ejército”¹⁰.

¿Indios o peruanos? Un testimonio único sobre los iquichanos, Huachaca, las quillás y Choquequirao

José María Blanco estuvo alejado de Quito más de quince años, por haber sido deportado a Lima como liberal. En 1834 cuando integra la comitiva de Orbegoso, el Ecuador es independiente desde hace cuatro años. La mirada de Blanco sobre los paisajes y los hombres en los departamentos de Ayacucho y Cusco sigue siendo la de un forastero, como también puede serlo la mirada de Orbegoso oriundo del norte.

La comitiva se detiene en Chorrillos, en casa del mariscal Necochea¹¹, luego en Lurín donde reside el general José María Egusquiza, también en la hacienda Bujama de Mala, y por fin en la de Bernardo O’Higgins, cercana a Cañete. Tanto Necochea como O’Higgins acaban de apoyar a Orbegoso contra Gamarra.

La solidaridad entre ellos se manifiesta en el entusiasmo popular: arcos de triunfo, repiques, cantos y vitoreo, cohetes, danzas y discursos acogen el séquito. Los cocteles (“deser”), las cenas y el “bello sexo” honran a los viajeros. Orbegoso permanece indiferente a la seducción femenina (Blanco 16); en cambio, le desanima el sufrimiento de los esclavos negros: “S.E. se conmovió de la miseria de estos infelices, y bañándose sus ojos en lágrimas se desquitó con prodigarles cariños” (10).

El ascenso a la cordillera modifica las relaciones armoniosas. Los soldados pegan a los campesinos para conseguir forraje y los curas prefieren darse a la fuga para evitar el embargo de sus bienes. Las dos últimas etapas antes de llegar a Huancavelica son las más duras; Orbegoso y Blanco padecen soroche; la desesperación es generalizada: “una molesta agitación junto con una horrorosa soledad ejercitan el alma con crueles ideas” (Blanco 23). Aparte de Orbegoso, todos los oficiales y familiares del presidente, el subprefecto y el capellán duermen juntos, en un retrete; un señor principal se ubica en la cocina con “ancianas peruanas”. Es notorio como Blanco emplea la palabra “peruano” conforme a la

¹⁰ Carta a Nieto con fecha 27 de diciembre de 1834. Carmen Mac Evoy y José Luis Rénique. *Soldados de la república Guerra, correspondencia y memoria en el Perú (1830-1844)*. Tomo I-II (Lima: IRA-Congreso, 2010).

¹¹ Tschudi describe un convoy entre Lima y Chorrillos que tarda tres horas para realizar una marcha de tres leguas (56).

letra del decreto de 1821¹². Otro tambo, el de Turpo donde coinciden los chasquis yanaconas, carece de cualquier servicio. Orbegoso debe dormir en el piso, protegido con pieles, pues no llega el catre de campaña. En otro momento, los viajeros sufrirán del acoso de la nieve.

Las etapas por las capitales de provincias corresponden a un interés político. Se trata de afirmar la reconquista del territorio al enemigo. En Huancavelica, Orbegoso preside una ceremonia fúnebre rindiendo honores a un adversario, mientras que en Ayacucho celebra el décimo aniversario de la derrota española. En todos los pueblos, Blanco se fija en las iglesias y luego en las escuelas. Observa cómo algunas están decoradas y otras dejadas al abandono. Describe en Huanta “partidas de pacha-ángeles, que son unos danzantes vestidos de sombreros grandes y tijeras en mano, con que llevan el compás de la caja y pito o de la música” (Blanco 43), un espectáculo que se repite a lo largo del camino y al que define como bárbaro. Antes de que llegue a Huanta, en Acobamba, Orbegoso recibe a iquichanos que ofrecen sus servicios. Blanco, siempre mesurado, cambia de tono:

Los indios iquichas, célebres por su rusticidad y por haber sido decididos sostenedores de la tiranía española, habitan un lugar inaccesible a toda fuerza armada. Así desde la independencia viven de un modo inmortal y atrevido. Se han alzado con todo trabajo y no pagan contribución alguna. Sus llamados jefes, que son unos indios degradados y viciosos ejercen actos de soberanía sobre ellos y continuamente amagan a Huanta y Ayacucho. Ellos son ladrones de profesión y no pertenecen a otro partido que al crimen y a la alevosía. Tienen muchas armas y es el palenque general de todo malvado. Si el supremo gobierno no trata de sacar de entre ellos al borracho de Huachaca y a otros asesinos, dentro de poco tiene que sostener una guerra de exterminio con estos osados idiotas, que están cundiendo con sus atentados todos los distritos. (46)

El rechazo es tanto político como social y se manifiesta varias veces. La virulencia contrasta con la actitud conciliatoria del presidente Orbegoso, quien trata a un par en la figura de Huachaca. Ascendido a general de brigada en 1814 después de luchar con los patriotas, Huachaca plasmó la rebelión india justo después de la independencia. En 1826, se dirigió al prefecto de Ayacucho para protestar contra los desmanes de los patriotas, soldados y oficiales, también denunció el saqueo de las iglesias y la nueva imposición de la hoja de coca: “[...]”

¹² Decreto del 27 de agosto de 1821, art. 4: “En adelante no se denominarán a los aborígenes indios o naturales; ellos son hijos y ciudadanos del Perú y con el nombre de peruanos deben ser conocidos”. Decreto del 28 de agosto de 1821, art. 1º: “Queda extinguido el servicio que los peruanos, conocidos antes con el nombre de indios o naturales, hacían bajo la denominación de mitas, pongos, encomiendas, yanaconazgos y toda clase de servidumbre personal, y nadie podrá forzarlos a que sirvan contra su voluntad”. Véase Mark Turner, *Republicanos andinos* (Lima: IEP, 2006), 61-70.

salgan los señores militares que se hallan en ese depósito robando, forzando a mujeres casadas, doncellas, violando hasta templos, a más los mandones, como son el señor Intendente, nos quiere acabar con contribuciones y tributos [...] y de los [sic] contrario será preciso de acabar con la vida por defender la religión y nuestras familias e intereses”¹³.

En 1828, como arriero, Huachaca intentó tomar la ciudad de Ayacucho; vencido, logró escapar. El encuentro con Orbegoso es representativo de la voluntad de un apaciguamiento nacional de parte Orbegoso. En cuanto a Huachaca, será rehabilitado en 1838.

La estancia de unos diez días en Ayacucho, después de la etapa huantina, brinda la oportunidad de conocer otras tradiciones que Blanco expone ligeramente: “En sus diversiones y fiestas públicas bailan los indígenas de huailias, danzantes, panalibios y diablos” (70). El empleo de la palabra “indígena” revela un distanciamiento diferente del uso de “indio” como en la expresión doble “indios iquichas”. Los oficiales españoles y los caudillos de Huanta opuestos a los patriotas empleaban la palabra “iquichano”; “indios iquichas” no es redundante ni pleonástico bajo la pluma de Blanco (Méndez 161-185). Los colonos aparecen como “inquilinos” sin que el acompañante de Orbegoso se fije en las condiciones de servidumbre en que están pues siente los gritos de alegría como un entusiasmo espontáneo ante la comitiva que integra: “En Lucubamba, media legua antes de la hacienda de Pincos, estaban todos los inquilinos vestidos de danzantes con tambores, arpas y violines, y unas peruanas bien vestidas, cantando sus yar[avíe]s” (Blanco 94).

En la presentación de Ayacucho, Blanco se detiene para explicar una palabra que usa varias veces. Se trata de “quille” relacionada con “arco”. Arcos y *quilles* adoman el camino por donde transita el séquito presidencial: “[...] muchos indios con banderas en las manos, prevenidos de cajas, pitos, camaretas y cohetes. Desde aquí al pueblo pusieron veinte quilles adornados de ramas, flores, frutas y vizcachas, y doce arcos cubiertos de géneros, flores, banderas y espejos” (94).

Blanco exagera tanto el número de los vecinos reunidos para ver la comitiva, miles de personas, varios centenares de danzantes y otros tantos *quilles* y banderines que disimulan a veces la pobreza de los lugares y otras veces no ocultan la miseria y el desaseo de Talavera y San Jerónimo: “Las casas de paja y algunas pocas de teja que ascenderán a seiscientas, con dos mil habitantes, son

¹³ Heraclio Bonilla permite oír la voz de Huachaca en *Metáfora u realidad de la independencia en el Perú* (Lima: IEP, 2001), 155.

chicas y sucias, y mal construidas [...] Las calles asquerosísimas y algunas con cercas y pantanosas, presentan cuevas que fatiga el dar un solo paso por ellas” (95).

La precisión llega a ser exagerada cuando se computan más de 500 *quilles* en Abancay (Blanco 101), una cantidad contradictoria con la definición que da como “arcos vestidos de géneros o yerbas” (70). Entre Andahuaylas y Abancay, los *quilles* son aún más numerosos, “adornados de ramas, flores, frutas y vizcachas” y los arcos van “cubiertos de géneros, flores, banderas y espejos” (94-95). En Andahuaylas, varios centenares adornan la villa adonde acuden otros tantos hombres montados a caballo. El quechuismo *quilli* es explicado por Félix Denegri Luna, como editor del *Diario*, y observador de las celebraciones de Carnaval:

En uno de estos días [de la semana denominada de los compadres] llevan racimos de frutas, rosquillas, pan de huevo—panes en forma de huahuas y pajaritos—poronguitos pintados, rocotos de varios colores, monedas de la época española y los ‘nueve décimos de plata’ de hace poco, todas estas cosas amarradas en sogas, en tal forma que queden colgantes [...] Esta ofrenda se llama quilli. (Blanco 24)

La costumbre perdura en el siglo XXI en Ayacucho y Huancavelica después de haber sido reprimida por la Iglesia; las jóvenes presentan ofrendas con semillas, frutas y objetos que simbolizan la riqueza venidera, a inicios de los carnavales. Pero no existe un estudio sobre esa tradición.

En tiempos de Orbegoso, la exclusión social se deduce del testimonio de Blanco; este solo se fija en las “personas de nota”, “personas decentes” o “personas visibles”, “señores de viso” (101), “personas de representación y de viso” (127). Un grupo indefinido está conformado por los danzantes y músicos; el resto de la población no tiene rostro ni existencia. A diferencia del francés Sartiges, afanado en hallar algún tesoro conforme a su visión colonizadora, el capellán observa las ruinas de “poblaciones que manifiestan fueron hermosísimas”, así como “un palacio cuadrangular destruido, con su patio y habitaciones que si las techan podrían servir de casas” (Blanco 115). El séquito pasa cerca de la ciudadela de Choquequirao; el texto de Blanco corrobora que en aquel entonces—1834—se conocía el sitio luego pretendidamente descubierto por exploradores forasteros: “Hacia el sud que corresponde al pueblo de Curahuasi, aseguran como cosa cierta que hay clavada una piedra que a los antiguos indios les servía de señal para subir a la ciudad que formaron los gentiles en el cerro fronterizo a ella que se llama Choquequirao, que es elevado y montañoso” (113).

Ahora bien, la información proporcionada por José María Blanco forzosamente es incompleta. No alude a la logística como sí lo hacen los oficiales

previando los cambios de monturas, la construcción de herrajes, los forrajes, y otros temas afines (Mac Evoy 230).

Las necesidades materiales de la comitiva y las requisas de los ejércitos en campaña explican las reacciones adversas de los pueblos que llevan veinte años aguantando las exacciones de la soldadesca. Años más tarde, el viajero suizo Tschudi apuntaría el suicidio colectivo de los soldados antes de ser víctimas de las “crueldades refinadas” de los caudillos; también señalaría el rol de las rabonas, calculando la presencia de 6.000 mujeres que acompañaban un ejército de 7.000 hombres (Tschudi 59-60), una realidad invisibilizada por Blanco sin duda acostumbrado a esa comitiva de vivanderos.

Los catorce cuadernillos conservados en Quito y editados por Denegri Luna debían informar a los generales, dar indicaciones sobre el estado de los caminos, la moral de los pobladores de la sierra, la situación de los pueblos. Blanco, doble discreto de Orbegoso, hacía las veces de espía o explorador sin recibir el sueldo que el general Nieto asignará a otro para “medir por reloj o cálculo las horas o leguas de camino [...] las clases de posición que se encuentren y si el camino es áspero o suave [...] reconocer bien todas las avenidas que dicho pueblo tenga con la costa y los caminos y calidad de ellos”.¹⁴

La violencia política y social asoma en algunos apuntes del testigo quiteño, lo que permite deducir que hubo actos de hostilidad contra Orbegoso¹⁵. En las últimas páginas del diario, Blanco renuncia a la neutralidad para censurar las insinuaciones contra el mandatario, como las del rector del seminario del Cusco presentando a Orbegoso como “de peor condición que un bandido condenado al último suplicio” (Blanco 254). De hecho, cuando Orbegoso parte de la ciudad imperial, en enero de 1835, en Lima ya se ha dado otra revolución y recrudece la riña entre caudillos.

Obras citadas

Fuente primaria

Blanco, José María. *Diario de viaje del presidente Orbegoso al sur del Perú*.

Tomo I-II. Ed. Félix Denegri Luna. Lima: PUCP-IRA, 1974

¹⁴ Carta del sargento mayor Ignacio Morote, 26 de abril de 1838, recopilada por Mac Evoy, *Soldados de la república*, 613.

¹⁵ “...un hombre extravagante que le presentó un papel tan desconcertado como lo era la cabeza que lo concibió” (Blanco 17); “...otro individuo del pueblo quiso arengarle y no pudo por tener al frente al alcalde que era su enemigo y le amenazaba con miradas furibundas” (Blanco 44).

Libros y artículos consultados

- Basadre, Jorge. *Introducción a las bases documentales para la Historia de la República del Perú con algunas reflexiones*. Tomo I. Lima: Villanueva, 1971.
- Bonilla, Heracio. *Metáfora u realidad de la independencia en el Perú*. Lima: IEP, 2001.
- Espinoza Soriano, Waldemar. *Bolívar en Cajamarca*. Lima: Universitaria, 2006.
- Mac Evoy, Carmen y José Luis Rénique. *Soldados de la república. Guerra, correspondencia y memoria en el Perú (1830-1844)*. Tomo I-II. Lima: IRA–Congreso, 2010.
- Méndez, Cecilia. “Pactos sin tributo, caudillos y campesinos en el Perú postindependiente”. *La reindianización de América*. Ed. Marta Irurozqui y Leticia Reina. México: Siglo XXI, 1997. 161-185.
- Miller, Guillermo. *Memorias*. Madrid: Victoriano Suarez, 1910. [1829].
http://bvpb.mcu.es/es/consulta/resultados_navegacion.cmd?busq_autoridadesbib=BVPB20070032633.
- Orbegoso, Luis José. *Memorias del gran mariscal don Luis José de Orbegoso*. Segunda edición. Lima: Gil, 1939.
- Paz Soldán, Mariano Felipe. *Historia del Perú Independiente (1835-1839)*. Buenos Aires: Courrier de la Plata, 1888.
- Peralta, Víctor y Charles Walker. “Viajeros naturalistas, científicos y dibujantes. De la ilustración al costumbrismo en las artes”. *Visión y símbolos del virreinato criollo a la república peruana*. Lima: Banco de Crédito, 2006. 243-273.
- Porras Barrenechea, Raúl. *Dos viajeros franceses en el Perú Republicano*. Lima: Cultura Antártica, 1947.
- Rivarola, José Luis. “De once a lonche. Sobre palabras y costumbres en el Perú del XIX”. *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua* 42 2006: 9-22.
- Salaverry, José. *Instrumentos y sistemas andinos: medición, cómputo de tiempo y lugar*. Lima: UNMSM, 2007.
- Sartiges, Eugène de. “Voyages dans les Républiques de l’Amérique du Sud”. *La Revue des deux mondes* 9-10 1851. <http://www.gallica.fr>
- Tauzin-Castellanos, Isabelle. “Chemins, mules et refuges dans les Andes: le témoignage d’Eugène de Sartiges et de ses contemporains (1833)”. *A pied, à cheval, en voiture: l’Amérique indépendante et les moyens de transport*. Bordeaux : Maison des Sciences de l’Homme d’Aquitaine, 2011. 19-38
- Tord, Luis Enrique. “La biblioteca de las tertulias”. *Homenaje a Felix Denegri*. Ed. Guillermo Lohman Villena. Lima: PUCP, 2000. 88-89.

Tschudi, Johann Jakob von. *El Perú. Esbozos de viajes realizados entre 1838 y 1842.*

Lima: PUCP, 2003.

Turner, Mark. *Republicanos andinos*. Lima: IEP, 2006.